CALAVERAS EN LAS ESTRELLAS
Robert E. Howard

CALAVERAS EN LAS ESTRELLAS



Robert E. Howard

LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El contó cómo caminan sobre la tierra asesinos
bajo la maldición de Caín, con nubes rojas velando sus ojos y llamas alrededor de su cerebro: porque la sangre ha dejado sobre sus almas su estigma eterno.

HOOD

Dos caminos conducen a Yorkertown. Uno, la ruta más corta y más directa, atraviesa un páramo elevado y árido, y el otro, que es mucho más largo, sigue las vueltas de su sinuoso curso entre las colinas y los cenagales de los pantanos, bordeando las colinas bajas por el este. Era un sendero peligroso y solitario; por eso Solomon Kane se detuvo' asombrado cuando un joven casi sin aliento, procedente de la aldea que acababa de dejar, lo alcanzó y le imploró por el amor de Dios que tomara el camino del pantano.

— ¡El camino del pantano! —Kane miró fijamente al muchacho.

Era un hombre alto y delgado, era Solomon Kane, con su rostro sombríamente pálido y sus profundos ojos taciturnos ensombrecidos aún más por el traje puritano que vestía, de color marrón oscuro.

—Sí, señor, es más seguro —respondió el jovencito a su sorprendida exclamación.

—Entonces el camino del páramo debe ser frecuentado por el mismo Satanás, porque los de tu aldea me advirtieron que no atravesara el otro.

—Es por los cenagales, señor, que usted no podría ver en la oscuridad. Más vale que vuelva a la aldea y continúe su viaje por la mañana, señor.

—¿Tomando el camino del pantano?

—Sí, señor.

Kane se encogió de hombros y meneó la cabeza: —La luna sale casi al mismo tiempo que termina el crepúsculo. Con su luz puedo llegar a Yorkertown en pocas horas, cruzando el páramo.

—Señor, es mejor que no lo haga. Nunca va nadie por ese camino. No hay ninguna casa en el páramo, mientras que en el pantano está la casa del viejo Ezra que vire allí completamente solo desde que su primo loco, Gideon, se perdió y murió en el pantano y nunca fue encontrado; y el viejo Ezra, aunque es un avaro, no le negaría hospedaje si usted decidiera detenerse hasta la mañana. Ya que usted tiene que ir, más vale que vaya por el camino del pantano.

Kane clavó una mirada penetrante en el muchacho. Este se movió, molesto, y restregó los pies.

—Puesto que este camino del páramo es tan difícil para los viajeros —dijo el puritano— ¿por qué los aldeanos no me contaron toda la historia, en vez de tanto vano palabrerío?

—Los hombres no quieren hablar de eso, señor. Esperábamos que usted tomara el camino del pantano después que los hombres se lo aconsejaron; pero cuando lo observamos y vimos que usted no doblaba en la encrucijada, me mandaron que corriera tras de usted y le suplicara que lo piense de nuevo.

— ¡En nombre del Demonio! —exclamó vivamente Kane, mostrando su irritación con el desacostumbrado juramento—; el camino del pantano y el camino del páramo, ¿qué es lo que me amenaza y por qué debo apartarme varias millas de mí camino y exponerme a los pantanos y cenagales?

—Señor —dijo el muchacho, bajando la voz y acercándose—, somos unos simples aldeanos que no queremos hablar de esas cosas para que no nos alcance la desgracia; pero el camino del páramo es un sendero maldito y no ha sido atravesado por ningún hombre de la región desde hace un año o más. Andar por esos páramos de noche equivale a morir, como lo comprobaron una cantidad de infortunados. Algún horror maligno frecuenta el camino y reclama hombres como víctimas.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo es eso?

—Nadie lo sabe. Nadie que lo haya visto ha vivido para contarlo, pero viajeros retrasados han oído una terrible risa muy lejos sobre el pantano y hay quienes han escuchado los horribles gritos de sus víctimas. Señor, en nombre de Dios, vuelva a la aldea, pase allí la

noche, y tome mañana el sendero del pantano para Yorkertown.
Muy adentro de los sombríos ojos de Kane había comenzado a brillar una luz centellante, como los reflejos de la antorcha de una bruja bajo varias brazas de hielo gris. Su sangre se aceleró. ¡La aventura! ¡La tentación de exponer la vida y luchar! ¡La emoción del drama excitante y peligroso! No es que Kane comprendiera así sus sensaciones. Creía sinceramente que expresaba sus reales sentimientos cuando dijo: —Estos hechos son obra de alguna fuerza del mal. Los señores de las tinieblas han lanzado una maldición sobre la región. Hace falta un hombre fuerte para combatir a Satanás y a su poder. Por eso voy yo, que lo he desafiado muchas veces.
—Señor —comenzó el muchacho, cerrando luego la boca cuando vio la inutilidad de sus argumentos. Solo agregó: —Los cadáveres de las víctimas están golpeados y despedazados, señor.
Y se quedó quieto en la encrucijada, suspirando con pena mientras contemplaba la figura alta y de largos miembros que se internaba en las curvas del camino que llevaba hacia los páramos.
El sol se ponía cuando Kane cruzó la cima de la cuesta baja que desembocaba en el marjal de las tierras altas.
Inmenso y de color rojo sangre, se hundía detrás del sombrío horizonte de los páramos, como si tocara la espesa hierba con fuego; de modo que por un momento el observador parecía estar contemplando un mar de sangre. Luego las sombras tenebrosas se fueron deslizando desde el este, el resplandor del oeste se apagó, y Solomon Kane penetró audazmente en las tinieblas crecientes.
La senda era borrosa por falta de uso, pero estaba claramente definida. Kane iba rápidamente pero con cautela, con la espada y las pistolas a mano. Las estrellas titilaban y el viento nocturno soplaba entre la hierba como lamentos de espectros. La luna empezó a salir, enjuta y macilenta, como una calavera entre las estrellas.
Entonces, de repente, Kane se detuvo bruscamente. Desde alguna parte delante de él resonó un extraño y pavoroso eco, o algo parecido a un eco. Y de nuevo, esta vez más fuerte. Kane reanudó la marcha nuevamente. ¿Lo estaban engañando sus sentidos? ¡No! Muy lejos, resonó el rumor de una espantosa risa. Y de nuevo, esta vez más cerca. Ningún ser humano rió jamás de ese modo; no había allí alegría, solo odio y horror, y un terror que partía el alma. Kane se detuvo. No tenía miedo, pero durante un segundo estuvo casi acobardado. Entonces, abriéndose paso entre esa espantosa risa, llegó el sonido de un alarido que era indudablemente humano. Kane reanudó la marcha, apurando el paso. Maldijo las luces engañosas y las sombras fluctuantes que cubrían el páramo a la luna naciente, y que volvían imposible la vista exacta. La risa continuaba, haciéndose más fuerte, lo mismo que los alaridos. Entonces sonó débilmente el redoble de unos frenéticos pies humanos. Kane se lanzó a correr.
Algún ser humano estaba siendo cazado a muerte allá en el marjal, y solo Dios sabía en qué horrible forma. El ruido de los veloces pies se detuvo abruptamente y los alaridos aumentaron en forma insoportable, mezclados con otros sonidos innominables y espantosos. Evidentemente el hombre había sido atrapado, y Kane, sintiendo un hormigueo en su carne, pudo observar un horrible demonio de las tinieblas agazapado sobre la espalda de su víctima, agazapado y furioso.
Entonces se oyó claramente el ruido de una terrible y corta lucha a través del abismal silencio del marjal y los pasos recomenzaron, ahora torpes e irregulares. Los alaridos continuaban, pero con un gorgoteo entrecortado. Un sudor frío cubrió la frente y el cuerpo de Kane. Esto era una acumulación de horror sobre horror de una manera intolerable.
¡Dios, un momento de claridad! El espantoso drama se estaba desarrollando a muy corta distancia de él, a juzgar por la facilidad con que le llegaban los sonidos. Pero esa infernal penumbra velaba todo con sombras cambiantes, de modo que los páramos parecían una bruma de espejismos borrosos, y los árboles y arbustos achaparrados parecían gigantes.
Kane gritó, haciendo lo posible por aumentar la velocidad de su marcha. Los gritos del desconocido se convirtieron en un espantoso chillido agudo; hubo nuevamente ruido de

lucha, y entonces de las sombras de las altas hierbas una cosa emergió tambaleándose —una cosa que alguna vez había sido un hombre— una cosa espantosa, cubierta de sangre, que cayó a los pies de Kane, se retorció, se arrastró y levantó su terrible rostro a la luna naciente, farfulló, gimió, y cayó nuevamente, y murió ahogado en su propia sangre.

La luna estaba alta ahora, y la luz era mejor. Kane se inclinó sobre el cuerpo, que yacía rígido en su mutilación, y se estremeció, cosa extraña en él, que había visto los procedimientos de la Inquisición española y de los cazadores de brujas.

Algún caminante, supuso. Entonces, como una mano de hielo sobre su espina dorsal: se dio cuenta de que no estaba solo. Alzó la vista, penetrando con sus fríos ojos las sombras de las cuales había salido tambaleando el muerto. No vio nada, pero supo —sintió— que otros ojos le devolvían la mirada, unos ojos terribles que no eran de este mundo. Se enderezó y sacó una pistola, esperando. La luz de la luna se extendió como un lago de pálida sangre sobre el páramo, y los árboles y las hierbas adquirieron su tamaño propio.

Las sombras se disiparon, y Kane ¡vio! Al principio creyó que era solo una sombra de bruma, un fuego fatuo de la niebla del páramo que ondulaba en las altas hierbas, delante de él. Miró fijamente. Otro espejismo, pensó. Entonces la cosa empezó a tomar forma, vaga y confusa. Dos horribles ojos brillaban en ella, ojos que contenían todo el horror que es la herencia del hombre desde las terribles épocas primordiales, ojos horribles e insanos, con una insanidad que trascendía la insanidad terrenal. La forma de la cosa era brumosa y vaga, una espeluznante imitación de la forma humana, semejante a ella, pero horriblemente distinta. A través de ella se distinguían claramente la hierba y los matorrales situados más allá.

Kane sintió el fuerte latido de la sangre en sus sienes, a pesar de estar frío como el hielo. Cómo un ser tan inestable como ese que ondulaba ante él podía dañar físicamente a un hombre era algo que no llegaba a comprender, aunque el sangriento horror que yacía a sus pies pudiera dar mudo testimonio de que el demonio podía actuar con un terrible efecto material.

De una cosa estaba seguro Kane: no sería cazado a través de los sombríos páramos, ni gritaría y huiría para ser derribado una y otra vez. Si tenía que morir, moriría donde estaba, recibiendo los golpes de frente. En ese momento se abrió una indefinida y espantosa boca y estalló nuevamente la risa demoníaca, estremeciendo el alma por su proximidad. Y en medio de esa amenaza de muerte, Kane apuntó cautelosamente su larga pistola e hizo fuego. Un furioso aullido de rabia y de burla respondió al estampido, y la cosa lo atacó como una sábana de humo flotante, con largos e indefinidos brazos extendidos para derribarlo.

Kane, moviéndose con la dinámica velocidad de un lobo famélico, disparó su segunda pistola con idéntico resultado, sacó su largo estoque de la vaina y tiró una estocada al centro del brumoso atacante. La hoja zumbó cuando lo atravesó limpiamente, sin encontrar resistencia sólida, y Kane sintió que dedos helados agarraban con fuerza sus miembros, y garras bestiales rasguñaban sus ropas, y debajo de ellas su piel.

Soltó la espada inservible y trató de forcejear con su enemigo. Era como luchar contra una bruma fluctuante, o una sombra flotante provista de garras como puñales. Sus enfurecidos golpes chocaban con el aire vacío, sus brazos inútilmente poderosos, en cuyo abrazo habían muerto hombres fuertes, barrían la nada y apretaban el vacío. Nada era sólido ni real, excepto los dedos simiescos y desollantes, con sus garras curvas, y los enloquecidos ojos que ardían en las estremecidas profundidades de su alma.

Kane se dio cuenta de que estaba realmente en una situación desesperada. Sus ropas ya caían en jirones y sangraba de una veintena de heridas profundas. Pero no se acobardó, y la idea de huir no pasó por su mente. Nunca había huido de un enemigo solo, y si se le hubiera ocurrido la idea se habría sonrojado de vergüenza. Vio que su situación no tenía otra salida que dejar su esqueleto yaciendo allí junto a los restos de la otra víctima; pero la idea no lo aterrorizaba. Su único deseo era pelear lo mejor que pudiera antes que llegara el fin, y, si podía, infligir algún daño a su sobrenatural enemigo.

Sobre el cuerpo despedazado del muerto, el hombre luchaba contra el demonio bajo la pálida luz de la luna nacieron todas las ventajas de la parte del demonio, excedo una. Y ésta

bastaba para superar a todas las demás. Ya que si el odio abstracto puede convertir en substancia material a una cosa fantasmal, ¿no puede acaso el valor, igualmente abstracto, constituir una arma concreta para combatir a ese fantasma?
Kane peleó con sus brazos, sus pies y sus manos, y finalmente se dio cuenta de que el fantasma comenzaba a ceder ante él, y que la espantosa risa se trasformaba en alaridos de furia contrariada. Porque la única arma del hombre es el valor que no retrocede ante las puertas del mismo infierno, y al que ni siquiera las legiones del infierno pueden hacer frente.
Kane no sabía nada de esto; solo sabía que las garras que lo rasguñaban y laceraban parecían volverse cada vez más débiles y vacilantes, y que una feroz luminosidad crecía cada vez más en los horribles ojos. Bamboleándose y jadeando, se lanzó sobre la cosa, la aferró al fin y la arrojó, y mientras rodaban por el páramo y la cosa se retorcía y replegaba sus miembros como una serpiente de humo, su carne hormigueó y sus cabellos se erizaron, porque comenzó a comprender lo que aquélla farfullaba.
No oyó y comprendió como un hombre oye y comprende el habla de un hombre, sino que los terribles secretos que le comunicó entre susurros, gemidos, y silencios que eran gritos, deslizaron dedos de hielo en su alma, y entonces él supo.

2

La cabaña del viejo Ezra, el avaro, se alzaba junto al camino en el centro del pantano, medio oculta por los sombríos árboles que crecían a su alrededor. Las paredes se pudrían, el techo se desmoronaba, y unos hongos gigantes, grandes, pálidos y verdes, se adherían a ella y se retorcían alrededor de las puertas y ventanas, como si trataran de espiar el interior. Los árboles se encorvaban sobre la cabaña y sus grises ramas se entrelazaban de tal modo que parecía estar agazapada en la penumbra como un monstruo enano, por encima de cuyos hombros miraran maliciosamente ogros.
El camino que se enroscaba en el pantano, entre tocones podridos, colinas cubiertas de espesa vegetación, y estanques y ciénagas espumosos, infestado de reptiles, serpenteaba frente a la cabaña. Muchos pasaban en aquellos días por ese camino; pero pocos veían al viejo Ezra, excepto la vislumbre de un rostro amarillento, que aparecía en las ventanas cubiertas de hongos, como un repugnante hongo él mismo.
El viejo Ezra, el avaro, compartía gran parte de las características del pantano, porque era gruñón, encorvado y hosco; sus dedos eran como garras de plantas parásitas y sus cabellos caían como musgo parduzco sobre ojos acostumbrados a la lobreguez de las tierras pantanosas. Los ojos eran como los de un muerto; y, sin embargo, sugerían profundidades abismales y repugnantes como los lagos muertos de la zonas pantanosas.
Estos ojos observaron al hombre detenido frente a su cabaña. El hombre era alto, delgado y enigmático; su rostro, macilento; tenía marcas de garras; y los brazos y piernas, vendados. Un poco atrás de este hombre se encontraba una cantidad de aldeanos.
—¿Tú eres Ezra, el del camino del pantano?
—Sí. ¿Qué quieres tú de mí?
—¿Dónde está tu primo Gideon, el joven demente que habitaba contigo?
—¿Gideon?
—Sí.
—Se internó en el pantano y nunca regresó. Sin duda se extravió y fue atacado por los lobos o murió en un cenagal o fue picado por una víbora.
—¿Hace cuánto tiempo?
—Más de un año.
—Así es. Escucha, Ezra el avaro. Poco después de la desaparición de tu primo, un campesino, al volver a su casa atravesando los páramos, fue atacado por un demonio desconocido y despedazado, y a partir de entonces cruzar esos páramos significó la muerte. Primero, gente de la región; luego, extranjeros que recorrían el pantano, cayeron en las garras de la cosa. Muchos hombres han muerto, desde el primero. Anoche crucé los páramos, y escuché la huida y persecución de otra víctima, un extranjero que no conocía el mal de los páramos. Ezra, el avaro, era una cosa espantosa, porque el desventurado logró zafarse dos veces del demonio, terriblemente herido, y las dos veces el demonio lo atrapó y

lo derribó nuevamente. Y finalmente cayó muerto a mis propios pies, ultimado en una forma que helaría la estatua de un santo.
Los aldeanos se movieron con inquietud, y murmuraron con temor unos a otros, y los ojos del viejo Ezra miraron furtivamente. Sin embargo, la sombría expresión de Solomon Kane no se alteró, y su mirada de cóndor pareció atravesar al avaro.
— ¡Sí! ¡Sí! —murmuró el viejo Ezra apresuradamente—. ¡Una cosa mala, una cosa mala! Pero, ¿por qué me cuentas esto a mí?
—Sí, es una cosa triste. Escucha aún más, Ezra. El demonio surgió de entre las sombras, y yo luché con él, sobre el cuerpo de su víctima. Sí, cómo lo vencí, no sé, porque el combate fue difícil y largo; pero las potencias del bien y de la luz estaban de mi parte, y son más poderosas que las potencias del infierno.
"Finalmente fui el más fuerte, y eso se separó de mí y escapó, y yo lo perseguí sin resultado. Sin embargo, antes de escapar murmuró una monstruosa verdad.
El viejo Ezra miró con asombro, desatinadamente, pareció encogerse dentro de sí mismo.
—No, ¿por qué me cuentas eso? —murmuró.
—Volví a la aldea y conté mi relato —dijo Kane— porque supe que tenía entonces el poder de librar los páramos de su maldición para siempre. Ezra, ven con nosotros.
—¿Adonde? —jadeó entrecortadamente el avaro.
—Al roble podrido que hay en los páramos.
Ezra tambaleó como si lo hubieran golpeado; gritó incoherentemente y se dio a la fuga. Al instante, y a la severa orden de Kane, dos fuertes aldeanos se abalanzaron sobre el avaro y se apoderaron de él. Arrancaron la daga de su débil mano, 'y le ataron los brazos, estremeciéndose al tocar con los dedos su viscosa carne.
Kane les hizo señas para que lo siguieran, y volviéndose inició la marcha, seguido por los aldeanos, que tuvieron que emplear toda su fuerza para llevar consigo al prisionero. Fueron atravesando el pantano, tomando una senda poco usada que iba por sobre las colinas bajas y salía a los páramos. :
El sol se ponía en el horizonte y el viejo Ezra fijó la vista en él con ojos salientes: fijó la vista como si no pudiera ver lo suficiente. A lo lejos, en los páramos, se alzaba el gran roble como una horca, ahora solo una cáscara podrida. Allí se detuvo Solomon Kane.
El viejo Ezra se retorció en el puño de su aprehensor y emitió unos ruidos inarticulados.
—Hace más de un año —dijo Solomon Kane—, tú, temiendo que tu insano primo Gideon contara a la gente tus crueldades con él, lo trajiste desde el pantano por la misma senda por la que vinimos, y lo asesinaste aquí de noche.
Ezra se encogió y gruñó: — ¡Tú no puedes probar esa mentira!
Kane dijo unas pocas palabras a un ágil aldeano. El joven trepó por el tronco podrido del árbol, y de una hendidura situada muy arriba extrajo algo que cayó ruidosamente a los pies del avaro. Ezra perdió la firmeza, profiriendo un terrible alarido.
El objeto era el esqueleto de un hombre, con el cráneo partido.
—Tú, ¿cómo supiste de esto? ¡Tú eres Satanás!— farfulló el viejo Ezra.
Kane se cruzó de brazos. —La cosa con la que peleé anoche me dijo esto mientras combatíamos, y yo lo seguí hasta este árbol. ¡Porque el demonio es el fantasma de Gideon!
Ezra gritó de nuevo y luchó fieramente.
—Sabías —dijo Kane sombríamente—, sabías qué cosa era el autor de estos hechos. Temías al fantasma del loco, y por eso optaste por dejar su cuerpo en el fangal en vez de esconderlo en el pantano. Porque sabías que el fantasma rondaría el lugar de su muerte. Era loco mientras vivía, y al morir no supo dónde encontrar a su matador; de otro modo, hubiera ido por ti a tu cabaña. El no odia a nadie más que a ti; pero su espíritu confundido no puede distinguir a un hombre de otro, y mata a todos, para no dejar escapar a su asesino. Sin embargo te conocerá y descansará en paz para siempre, a partir de ese momento. El odio ha convertido a ese fantasma en una cosa sólida que puede desgarrar y matar, y aunque él te temía terriblemente cuando estaba vivo, en la muerte él no te teme.
Kane cesó de hablar. Miró de soslayo al sol.
—Todo esto lo supe por el fantasma de Gideon, en sus gemidos, sus susurros y sus

silencios que eran gritos. Solo tu muerte apaciguará a ese espíritu.
Ezra escuchó en un silencio expectante y Kane pronunció las palabras de su sentencia.
—Es una cosa difícil —dijo Kane sombríamente— que un hombre sea condenado a muerte a sangre fría y en una forma como aquella en que estoy pensando; pero tú debes morir para que otros vivan, y Dios sabe que mereces la muerte.
"No morirás por la horca, la bala o la espada, sino en las garras de aquél a quien asesinaste: porque nada más lo podrá saciar".
Ante estas palabras el cerebro de Ezra estalló, sus rodillas cedieron y cayó arrastrándose y pidiendo a gritos la muerte, suplicándoles que lo quemaran en la hoguera, que lo desollaran vivo. El rostro de Kane estaba rígido como la muerte, y los aldeanos, despertada su crueldad por el miedo, ataron al ululante infeliz al roble, y uno de ellos lo invitó a reconciliarse con Dios. Pero Ezra no dio respuesta, gritando agudamente con insoportable monotonía. Entonces el aldeano quiso golpear al avaro en la cara, pero Kane lo detuvo.
—Déjalo que haga las paces con Satanás, con quien es más probable que vaya a encontrarse —dijo torvamente el puritano—. Está por ponerse el sol. Aflojad las cuerdas para que pueda moverse libremente en la oscuridad, ya que es mejor encontrar la muerte libre y sin trabas que atado como un sacrificado.
Al volverse para dejarlo, el viejo Ezra gimió y farfulló sonidos no humanos, y luego quedó en silencio, con la vista fija en el sol con terrible intensidad.
Se marcharon cruzando el marjal, y Kane echó una última mirada a la grotesca forma atada al roble, que parecía a causa de la incierta luz un gran hongo crecido en el tronco. Y repentinamente el avaro gritó espantosamente: — ¡Muerte! ¡Muerte! ¡Hay calaveras en las estrellas!
—La vida fue buena para él, aunque era gruñón, avaro y maligno —suspiró Kane—; quizá Dios tenga para esas almas un lugar donde el fuego y el sacrificio las purifiquen de sus impurezas, así como el fuego limpia de hongos el bosque. Sin embargo mi corazón está triste dentro de mí.
—No, señor —habló uno de los aldeanos—, usted no ha hecho más que la voluntad de Dios, y lo que va a ocurrir esta noche solo producirá bien.
—No —respondió tristemente Kane—. No lo sé. No lo sé.
El sol se había ocultado y la noche se extendía con pasmosa rapidez, como si grandes sombras fueran descendiendo desde vacíos desconocidos para cubrir el mundo con precipitada oscuridad. A través de la oscura noche llegó un eco horripilante, y los hombres se detuvieron y se volvieron para mirar el camino que habían recorrido.
No se podía ver nada. El páramo era un océano de sombras y las altas hierbas se inclinaban alrededor de ellos en largas ondulaciones ante el débil viento, rompiendo la mortal quietud con intensos susurros.
Entonces en lontananza el disco rojo de la luna apareció sobre el marjal, y por un instante una horrenda silueta se recortó tétricamente sobre él. Una forma huía cruzando la cara de la luna, una cosa grotesca y encorvada cuyos pies apenas parecían tocar el suelo; y detrás, muy cerca, corría una cosa como una sombra flotante, un horror sin nombré, sin forma.
Durante un instante los dos corredores se destacaron claramente contra la luna; luego se confundieron en una masa informe e innominable, y desaparecieron en las sombras.
Por todo el marjal resonó el estallido de una sola y terrible carcajada.